

do: en manos del gigante berrea, pero al antropófago lo mira con ojos azules, quietos; sólo respira. El antropófago, despacio, se come el otro brazo, las piernas; acaba siempre por la cabeza: de un solo bocado. Es increíble cómo puede abrir la boca para tragar el hombrecito. Cuando sale de la pista se puede ver que sus manos, sus dientes, sus labios, están perfectamente limpios. [pág. 33]

No deja de ser obvia la influencia del gran autor checo. Pero afortunadamente Kafka es, en este caso, sólo eso: una influencia. Ungar resalta con brillo propio, consiguiendo que varias de las narraciones de este libro se ganen el derecho a quedarse en la memoria del lector. Y lo logra no mediante truculencias sintácticas, sino con un lenguaje simple, claro, donde lo sorprendente es aquello que las palabras consiguen describir: las atmósferas irreales y al mismo tiempo palpables donde se invita al lector a entrar.



A través de los distintos circos conocemos brujas escocesas, amables ancianitas que entretienen a la audiencia con los cuentos de sus nietos, neuróticos sorprendidos por un inesperado caos, e incluso reconocemos a más de un personaje famoso en el Circo de los Olvidados o en el temible Circo Manson. Emocionalmente, podemos pasar del desconcierto a la esperanza, del asombro al horror, pues así como hay historias en este libro que parecen llenas del optimis-

mo más poderoso —ése que no tiene causa ni explicación—, otras están repletas del sabor a fatalismo que dejan las acciones crueles, a las que, dado el aroma a subconsciente de la obra, podríamos considerar como simples hijas de la gran crueldad cósmica.

Quizá por eso no es vana la “Advertencia” que hace Ungar al lector antes de comenzar la narración:

Algunos de los relatos que contiene este libro están dotados de una forma poco dócil. Más bien salvaje, brutal.

No tiene la culpa el que aparece en la cubierta como “escritor”. El escritor es un hombre sin importancia, sometido a la realidad autónoma que le imponen sus historias. La culpa, o el mérito, es de las historias mismas: siempre despiertas, han encontrado ellas esta manera particular para poder contarse, completas y sin tropiezos.

Tras ver en estas palabras que el autor se considera un simple medio de transporte para que las historias pasen al papel desde el limbo, cielo o infierno donde se encuentran, no debe extrañar entonces que cada una de ellas tenga una personalidad propia. Aun así, hay ciertas concordancias entre los cuentos, aparte del estilo, que nos permiten comprobar que todos los relatos tomaron el mismo bus, llamado Antonio Ungar, para llegar a ser escritos. Una de esas características comunes es la procedencia de los personajes, entre los cuales reconocemos a miembros de la clase media bogotana, a arquetipos sin nacionalidad y a personajes de la historia norteamericana que han llegado hasta nuestros lares gracias a la memoria recurrente de los medios de comunicación de masas.

En resumen, *Trece circos comunes* es la obra de un autor ya avanzado en la búsqueda de un estilo personal; única forma de librarse de los estereotipos y fórmulas cómodas que amenazan ahogar a la literatura contemporánea. Por eso, este libro de Ungar constituirá una excelente

lectura tanto para quienes deseen conocer otra forma de experimentación literaria en Colombia, como para quienes disfruten de una literatura que no sólo nace de la práctica cotidiana, sino también del juego con los abismos de la intuición y el inconsciente.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

“Un lenguaje que va de la superchería a la emocionada ejecución temática”

La gente casi siempre

Andrés Burgos

Fondo Editorial Universidad Eafit, colección Antorcha y Daga, Medellín, 2000, 107 págs.

El influjo de la cotidianidad a través de los paradójicos modelos sociales se presenta, con un lenguaje que va de la superchería a la emocionada ejecución temática, en este libro de cuentos del comunicador y cineasta Andrés Burgos, nacido en Medellín en 1973.



Orientado siempre a develar en la rutina humana el sórdido patetismo de las épocas y los hechos comunes, se aventura a pronosticar la confusión en la complejidad de las discrepancias sociales, en el abuso de la propia fantasía, en la huella de los

hechos fingidos o en el aire enmohecido e incesante que surge del trasegar sin sentido, común denominador de la sociedad que Burgos critica, casi elementalmente, con el rigor de una huida inocente.

Aunque las intenciones del libro sean, como atestigua una cita en la solapa posterior, contar dando libertad a los personajes para obtener su vitalidad, ellos mismos apagan la trama por sus parlamentos cansados y otrora exprimidos, en un lenguaje que no alcanza el ámbito de lo literario y que se decolora en un confuso rumbo sin mayor trascendencia para el lector.



Sin embargo, no habría que desprestigiar totalmente al compilado de textos en cuestión, puesto que algunas veces se denota en ellos una lucidez que logra palpar en la sencillez su finalidad. Además, éstos, aunque poco novedosos, están impregnados de algo que les pone a salvo: historias de barriada, inocentes juegos de niños, compincherías de gastadas noches hedónicas, hilos a través de los cuales el lector logra encontrar un ambiente donde, recreando tal vez su propio pasado, la naturalidad y la vida hacen presencia en un recurso bastante enriquecedor para este tipo de narraciones cortas.

Tal parece que la conciencia narcótica que el autor imprime a la decena de textos que componen este vademécum de escapismos es el motor que de una u otra forma sostiene la ligereza de sus pretextos.

El libro presenta varias imperdonables deficiencias, como la enunciación en su penúltimo cuento de exá-

menes transitorios visiblemente impropiedades y desprendidos del mecanismo de la narración:

Le revelé detalles espeluznantes de la estampa de Ignacio de Loyola que permaneció pegada veinticinco años en la parte interna de la puerta de mi casa y que, en esencia, fue la causante de mi abandono de: (a) la religión católica, (b) mi hogar, (c) a y b.

Este tipo de manías se podrían permitir si se les ve como caprichos posibles del autor ante una narración mutable y dispuesta a infinidad de artificios, pero el limbo en que, a falta de un buen manejo literario, cae la gran parte de este libro, lleva al lector a una confusión tal, que sin haberlo puesto en contacto con una novedosa historia contada, lo sustrae de su claridad para hacerlo rodar en cualquier interpretación fútil. No se le puede negar al libro el carácter rebelde con que pone al descubierto el absurdo de las convivencias y los estereotipos fijados moral y socialmente. Hace presencia en la descripción el lenguaje cinematográfico del que el autor es conocedor y al cual acude constantemente; el cuento *Happy birthday, Lali: el analista tenía razón* denuncia, por ejemplo, la desvinculada confianza y seguridad de algunas pequeñas sociedades, amainada por factores artificialmente tranquilizantes o por brotes imprevistos de psicopatías:

Se apartó del camino de un chiquillo que corría agitando una onda sanguinolenta y, en medio del caos y los horrores de la batalla, sintió ese algo muy parecido al placer, una cosquilla etérea. Un no sé qué potencial que apenas si se dejaba intuir.

Ciertas ubicaciones espaciales generan la diversidad de porvenires en el cuento, señales de alto, morgues, bares, todas girando en torno al similar discurso de sus personajes:

Quiero estar lo más lejos posible de mamá, de sus vestidos de alta

costura, su infinita colección de porcelanas, su estado cuasi cataleptico de mujer embalsamada con valium y su grupo de amigas hipocondríacas y caritativas.

El libro resulta ser monotemático, historias para locos de atar, maniáticos y crédulos confundidos, ligados entre sí por la fuerza de un devenir frustrante y sistemático, al cual Burgos pretende apabullar con la ironía y los paraísos artificiales a los cuales acude constantemente: suposiciones, supersticiones, cambios imprevistos en acostumbrada levedad humana; lástima que, en cuanto a lenguaje, su vida útil sea tan poca y se agote en el sostenimiento de una trama que no llega a crear un universo especial que lo posibilite; es decir, algo que le permita fluir para chocar o continuar con la contundencia necesaria.

Los textos de Burgos disponen de algunas salvedades. En el cuento *El cuadro del abuelo*, por ejemplo, donde el fingir resulta un compromiso muy peligroso para una memoria sin identidad, hay cierta reciprocidad temática que genera el clima propicio para una buena lectura; en ciertas etapas de este y otros cuentos se llega a vislumbrar la claridad literaria de un autor en construcción que conoce lo que hace, aunque, como en este caso, presente una selección que debió ser revisada con anterioridad para una justa decantación.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

Las contradicciones de Dios

De parte de Dios

Enrique Serrano

Seix Barral/Planeta Colombiana,
Bogotá, 2000, 248 págs.

Después de leer *De parte de Dios*, se puede llegar a la conclusión de que todas las acciones extremas y